

na su cuartel general, Maximiliano trasladó el suyo del cerro de las Campanas al convento de la Cruz.

Estando el cuartel general en el cerro de las Campanas, se notó desde luego que en ello se había cometido una falta, por ser de los puntos más peligrosos. Allí Maximiliano se sentía gustoso de mostrar su valor ante las notabilidades militares que le rodeaban, resaltando su carácter de soñador y amante de la gloria. Cuando el enemigo aglomeraba grandes masas de soldados por el Oriente de la plaza el 12 de Marzo, fué trasportado el cuartel general al convento de la Cruz.

Los sitiados practicaron un reconocimiento, el 12 de Marzo, sobre el pueblo de San Pablo, á tres cuartos de legua de la plaza, formando su columna con 1,400 hombres del batallón de cazadores, el 7.º de línea y el regimiento de la Emperatriz; dispersaron la fuerza republicana y se posesionaron de las bóvedas y torre del templo, regresando á la plaza en son de triunfo.

Verificaron los sitiados el reconocimiento siguiendo el camino de San Luis para tomar las trincheras de la garita y la iglesia de San Pablo. Dirigió el general Castillo esa operación á la cabeza de una parte de la brigada que mandaba, conduciéndola vigorosamente y consiguió saber si el enemigo cargaba sus fuerzas por aquel lado según se sospechaba; los cazadores franco-mexicanos penetraron hasta el patio de la garita y desalojaron á los que la defendían aunque fué herido gravemente el coronel Villasana; en seguida se replegaron los imperialistas á las trincheras de la ciudad. (1)

Los republicanos intentaron á su vez dos días después, el 14, un ataque general y resuelto sobre todas las líneas de los sitiados, logrando penetrar hasta el panteón de la Cruz, cuyos defensores se encontraron muy comprometidos y con dificultad rechazaron á los asaltantes. El día 17 hizo otra salida el general Miramón sobre su derecha, con dos batallones y un cuerpo de caballería, se apodera de algunos cañones, clava otros y toma más de seiscientos prisioneros.

El ejército republicano sentíase cada vez más animoso, y restablecida completamente su moral, después de la evacuación del territorio mexicano por los franceses, del abandono que los imperialistas hacían de las plazas del Interior y por la victoria de San Jacinto; en cambio, en el ejército imperialista se conocía perfectamente el agotamiento de recursos y la necesidad de permanecer á la defensiva. Los republicanos tenían grandes esperanzas en el éxito, en el que habían creído siempre, aun en

(1) Ese cuerpo de Cazadores se formó con restos de los extinguidos batallones de Cazadores de México, compuesto de franceses y mexicanos, en cuya organización tanto dinero se gastó, y que se disolvieron al retirarse las fuerzas expedicionarias; los oficiales franceses que estaban en esos batallones, al abandonar el servicio de Maximiliano, ingresaron á sus respectivos batallones. En el batallón que aún quedaba en Querétaro, el elemento francés era considerable y también había algunos alemanes y polacos, que conservaron la organización francesa primitiva, sustituida poco á poco por la española y después por la prusiana que quiso establecer el príncipe de Salm-Salm y que modificó aún el comandante austriaco Pitner. Con tantas variaciones fué rebajada la disciplina de los cazadores, que llegaron á prescindir de toda regla de moralidad, aunque en cambio se batían con energía.



Coronel Francisco Redonet.

En la defensa de la Ciudad de Querétaro, sitiada por los Republicanos—de Marzo á Mayo de 1867—mandaba Redonet el batallón 3º de línea, perteneciente á las fuerzas imperialistas que hicieron la campaña en Michoacán al mando del General Ramón Méndez.—Tras los sangrientos y rudos combates que sostenían los sitiados, se presentó la divergencia de opiniones acerca del abandono de la plaza, asunto que exaltó los ánimos sobrenaturalmente. En junta de guerra se resolvió desocupar á Querétaro la noche del 14 de Mayo. Esta fecha pareció festinada al General Méndez, quien comisionó á Redonet para que, unido al General Castillo, obtuviesen de Maximiliano, que se dirigiera hasta el siguiente día 15 la salida del ejército sitiado. Redonet apoyaba la petición en la conveniencia que resultaría, de que el General Méndez dirigiera la palabra á los soldados de su antigua brigada, en cuyo caso este Jefe se hacía responsable del éxito de la salida. La petición fué acordada; pero los memorables acontecimientos en la madrugada del día 15, impidieron lo proyectado y arrollaron toda esperanza. El Sr. Redonet quedó prisionero en Querétaro, y después fué trasladado á México, donde continuó en la prisión hasta que el Gobierno acordó el definitivo destino de los que sirvieron al Imperio en puestos elevados.

los días aciagos de la derrota. Los principales jefes republicanos, Corona, Régules, Treviño, Antillón, Paz, Echagaray y otros, aceptaban satisfactoriamente al general Escobedo, que se mostraba activo é incansable, sin cuidarse de toda clase de fatigas y privaciones.

Se dispuso en el campo republicano, que en la mañana del día 14, el general Rocha diese un ataque por la garita de México para reconocer las posiciones de esa línea hasta San Francisquito. El movimiento había de ser apoyado por el general Régules, que descendiendo por la derecha atacaría el Panteón; el general Antonio Neri ocuparía la capilla y lado derecho del convento de la Cruz. A las diez de esa mañana las tres columnas se lanzaron sobre los puntos indicados; momentos después se trabó sangriento combate por toda la línea. El general Tomás Mejía arrolló á la caballería republicana que estaba al Sureste de la ciudad, suceso que fué celebrado por los imperialistas con dianas, y los republicanos comenzaron á replegarse. Las infanterías prouraban la ocupación de los cerros de San Pablo y San Gregorio, logrando el general Antillón posesionarse de este punto y establecer una batería cerca de San Sebastián, aunque fué atacado por una columna al mando del Príncipe Salm-Salm, que no consiguió quitar del cerro á los republicanos. Los batallones de Michoacán habían desalojado del Panteón á los imperiales, y el general Neri había conseguido lo mismo en el Jardín de la Cruz; pero le fué preciso retirarse dejando prisionera una compañía y perdiendo los sitiadores más de mil hombres en toda la línea. (1)

Elegido para residencia de Maximiliano el convento de la Cruz, se conoció desde luego el peligro á que quedaba expuesto; era tan defectuosa la fortificación de aquel punto, que aun la víspera del ataque no ofrecía ninguna defensa frente al

[1] El ataque sobre la posición de la Cruz fué de los más notables, pues que llegaron los republicanos á apoderarse del Panteón y de la Huerta, y aun de las casas cercanas á la Iglesia de San Francisquito, en la cual colocaron piezas de montaña que mucho perjudicaban á los imperiales. El convento de la Cruz, aunque vasto y sólido, no había sido preparado para una seria defensa; además, los pliegues del terreno y las casas del barrio favorecían á los republicanos en su intento. Al querer desalojar del Panteón á los republicanos, fué herido gravemente el teniente coronel D. Juan de Dios Rodríguez por una bala que le atravesó el pecho. Otra recibió en la cabeza el capitán Domínguez. Los soldados caían uno tras otro por los disparos que los republicanos ejecutaban en las troneras que habían abierto. Se tocó retirada y al pasar los imperialistas por el claro que abrieron para comunicarse con el Panteón, caían tantos, que fué preciso apartar los muros para abrirse paso; detrás de los que se retiraban avanzaban los republicanos, contenidos por haber hecho salir el general Márquez algunas compañías del 3.º de línea á las órdenes del comandante Gutiérrez, por la izquierda del convento, los que saltando las trincheras, cargaron sobre sus contrarios á lo largo de las paredes del jardín, y los desalojaron haciéndoles algunos prisioneros. Aun se verificó otra salida por el 3.º de línea; los republicanos intentaron tomar la posición volteándola, y posesionarse también de las casas próximas al antiguo hospital de los franceses, pero rechazados, se alejaron, batiéndolos las tropas al mando de los generales Márquez, Ramírez Arellano y Miramón; este último había llegado con artillería é infantería en auxilio de la posición atacada. Los trofeos quitados á los republicanos así como los prisioneros, fueron mostrados en la plaza de la Cruz,

ejército republicano, en tanto que se presentaban obstáculos hacía el interior de la plaza, y fué preciso abrir troneras en las paredes del lado por donde podría tener verificativo el ataque, y ejecutar otras obras pasajeras por la escasez del tiempo.

La posición de la Cruz fué reconocida con sumo cuidado por Maximiliano en persona, acompañado de los generales Márquez, Miramón y Arellano, Vieron que no estaba convenientemente fortificada y que apenas se habían ejecutado algunas obras de defensa encomendadas por Márquez á un oficial que no pertenecía al cuerpo de Ingenieros. El extremo oriental de la línea de la Cruz, que era la parte más avanzada en la dirección del campo republicano, terminaba por el panteon que conducía á una capilla y dominaba al Jardín por donde fueron introducidos los republicanos en la madrugada del 15 de Mayo, estando contiguo por el lado más estrecho, al convento del que ha formado parte.

Trasladado Maximiliano al convento de la Cruz desde el 13 de Marzo, convino, de acuerdo con sus generales, en la necesidad de poner el Panteón en estado de defensa, teniendo que vencer la resistencia que á tal proyecto opuso el general Márquez, por lo cual quedó aquel punto imperfectamente defendido, aunque se veía que era la llave de la posición y aun de la plaza misma.

El ejército republicano rompió el día siguiente, 14 de Marzo, el fuego de su artillería sobre el convento de la Cruz y sobre otras líneas al Norte de la plaza, y se preparó al asalto en esas direcciones, presentándose las columnas republicanas á las once del día para comenzar el ataque.

El día que siguió á ese en que Maximiliano se había trasladado al convento de la Cruz, se dejó oír el cañon republicano preparando el asalto. Desde luego se presentó Miramón á Maximiliano para tomar sus órdenes, y se le dieron amplias facultades atendiendo á su inteligencia y valor. Miramón partió violentamente á establecerse en el cerro de las Campanas, desde donde podría transportarse con prontitud al punto en que su presencia fuera necesaria, observando que el fuego de los republicanos se generalizaba sobre los frentes del Norte y del Oriente. Entonces, cuando el ataque tomaba proporciones considerables, Maximiliano se paseaba tranquilo y afable sobre la plaza de la Cruz, entre la lluvia de balas y proyectiles, conversaba con algunos generales, entre ellos Márquez que pareció conmoverse hasta el grado de que el llanto brotara de sus ojos, y ante ese hecho, que creyó Maximiliano de adhesión, también dejó escapar lágrimas de gratitud, y estrechando á Márquez en sus brazos le dijo á media voz: "Tiene usted razón de estar contento, general, puehoy es cuando salvaremos la independencia de nuestra hermosa Patria."

El Panteón fué tomado al principio del combate y derrotada la infantería que ocupaba el Jardín, permaneciendo allí los republicanos por algún tiempo y se salvó la plaza por casualidad. Miramón, que se encontraba por la parte del Oeste, sobre el cerro de las Campanas, es decir, en el lado opuesto, corrió á la línea del Norte de la que ya se retiraba la División del general Castillo, y dispuso que no fuera abandonada dicha línea, aun contrariando lo dispuesto por el jefe de Estado Mayor.

Las balas y granadas bañaban el convento de la Cruz, caían en el jardín, sobre el Panteón y la iglesia que fueron desocupados por orden del general Márquez. Maximiliano, vestido con el uniforme de general de División, y cubierto con el sombrero nacional de felpa blanca y anchas alas bordadas de plata y oro, no abandonaba la plaza que está frente al convento, por la cual pasaban silvando los proyectiles lanzados por las baterías republicanas; el Emperador sonreía y hablaba tranquilamente con los generales Márquez y Ramírez Arellano, sin dar la más leve muestra de sobresalto, actitud que no se escapó á la investigadora mirada de los militares que formaban el ejército imperialista.

Allí se presentó el general Miramón á pedir instrucciones á Maximiliano, y fué autorizado para defender la línea del Norte con la infantería. A toda prisa partió ese general para el Cerro de las Campanas. La caballería al mando del general Tomás Mejía, permanecía al Sureste de la ciudad, y dió una carga á los asaltantes, obligandolos á retroceder. Mientras estos hechos se verificaban, descendían los republicanos desde las alturas de San Pablo y San Gregorio para atacar la línea enemiga defendida solamente por el rio, de anchura insignificante y vadeable por todas partes. El general Castillo se había retirado de allí obedeciendo las ordenes que se le dieran; pero el general Miramón en calidad de comandante en jefe de las infanterías, restableció los batallones en sus primeras posiciones, teniendo que desalojar de algunos puntos á sus contrarios. Quedaba una batería que dañaba mucho á los imperiales por la precisión del tiro y para quitarla fué comisionado el Príncipe Salm-Salm, jefe de los cazadores franco-mexicanos, quien acometió la empresa poniéndose al frente de sus subordinados y de una sección del batallón de Celaya. Franquearon á paso de carga el puente, hicieron retirar las fuerzas que contraban y tomaron la pieza rayada que estaba en batería.

Después del combate de la Cruz, Maximiliano dió un abrazo á Miramón; los clarines y cornetas tocaron dianas y las músicas el Himno Nacional; todos se mostraban conmovidos. Se creía que el Imperio se había salvado. Maximiliano felicitó á sus generales; les dió muestras de estimación, y en seguida visitó el hospital de ejército.

El siguiente día del combate, 15 de Marzo, el Emperador distribuyó algunas recompensas entre los soldados que se habían distinguido de una manera especial, y pasó á condecorar las banderas de los batallones del Emperador y 3^o de línea, tanto por la conducta que habían observado en Michoacán al mando del general Mendez, como por la de la víspera; la ceremonia se verificó en la plaza de la Cruz, en donde se presentó Maximiliano seguido de los generales Márquez y Mendez y de su Estado Mayor. Colocó una condecoración del Agulla Mexicana en cada una de las dos banderas que le fueron presentadas. Acto continuo el general Márquez exhortó á los soldados á conducirse siempre como hasta entonces, para merecer nuevas recompensas honoríficas é hizo entrever que el Emperador no se separaría de ellos.

Los desertores que llegaban del campo republicano pintaban á los juaristas en